

Presentación

¿Qué es un clásico, por qué leerlo?

Esteban Krotz¹ y Rodrigo Llanes Salazar²

No es fácil determinar qué o quién es un “clásico” (o, desde luego, una “clásica” –en lo que sigue, se usará el masculino gramatical para todos los géneros de personas–). Cuando uno pregunta por “clásicos”, con mucha frecuencia recibe respuestas que tienen que ver con cierto tipo de eventos deportivos o de una etapa lejana de la música euro-occidental.

Pero también cuando uno se refiere explícitamente a autores de obras científicas y literarias, surgen dudas. Hay autores que indudablemente son considerados clásicos en las ciencias sociales y humanas y las bellas artes. Por ello, por ejemplo, todos quienes

se inician en el estudio de la antropología sociocultural son inducidos a leer, entre muchos otros autores señeros, en todo caso algo de Karl Marx, de Herbert Spencer y de Edward B. Tylor. ¿Pero significa esto que todas y cada una de las obras de estos pioneros del siglo XIX deban ser calificadas así? Obviamente no. Bronislaw Malinowski es ciertamente un clásico de la antropología sociocultural, pero no hay consenso entre los especialistas sobre si aparte de su famoso libro *Los argonautas del Pacífico Occidental*, otro u otros libros más –y en dado caso cuál o cuáles– merecerían tal calificación.

¹ Profesor-Investigador en la Unidad de Ciencias Sociales del Centro de Investigaciones Regionales de la Universidad Autónoma de Yucatán y docente en la Facultad de Ciencias Antropológicas.

² Egresado de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán y doctor en Ciencias Antropológicas (Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa). Actualmente es Profesor-Investigador en el Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales (Cephcis-UNAM).



A esta dificultad se agrega que un libro o un autor clásico no necesariamente siempre es calificado así. Un buen ejemplo de ello es el mencionado Karl Marx, quien para la mayoría de sus contemporáneos, académicos y políticos, no era un clásico; se volvió clásico obligado después de la revolución rusa en una gran parte del mundo, y se convirtió durante el tercer cuarto del siglo XX en clásico de todas las ciencias sociales y humanas latinoamericanas, pero dejó de serlo más o menos abruptamente a fines de los años ochenta; actualmente, desde el inicio de la crisis financiero-especulativa mundial iniciada en 2007, se halla nuevamente en vías de transformarse en un clásico.

Este último ejemplo, empero, recuerda también la necesidad de distinguir entre un clásico y un recetario. Un clásico no es clásico porque ha formulado verdades para todos los tiempos y todas las circunstancias, que sus lectores simplemente deben “aplicar”. Más bien, clásico se llama a

un texto que estimula el pensamiento creativo de sus lectores, que les abre horizontes insospechados, que aclara perspectivas antiguas y nuevas, que descarta concepciones ideológicas y advierte de errores conceptuales. Es un texto que ayuda a entender un problema, que facilita el reconocimiento de soluciones equivocadas, que lleva a revisar respuestas dadas a preguntas importantes, que impulsa la comparación de planteamientos. No sustituye el estudio, el análisis, la argumentación, sino impulsa y enriquece el cuestionamiento crítico³.

En la literatura como en los demás campos de las llamadas bellas artes, la situación es muy semejante, aunque no se trate de resolver problemas individuales o colectivos, a pesar de que a la dimensión intelectual se agregue (o se le sustituya por) la afectiva, y pese a que en vez de contribuir al universo de los conceptos, se agudicen y enriquezcan los sentimientos. Así, ¿quién no ha reparado de otro modo en el olor de la tierra mojada

³ Un tema que no se puede abordar aquí, pero que es conveniente mencionarlo brevemente, es la diferencia entre las ciencias naturales y exactas, que no suelen contar con clásicos en el sentido referido, y las ciencias sociales y humanas, que sí los tienen – es una de las varias diferencias profundas entre estos dos tipos de conocimiento científico–. Por lo que resulta completamente absurdo que recientes mecanismos burocráticos de planeación pedagógica y de evaluación académica intenten evitar o penalizar la inclusión de obras de referencia con más de 8 o 10 años de edad en programas docentes o la cita de este tipo de textos en artículos de investigación a causa de una supuesta “falta de actualización”.

durante la temporada de lluvias después de leer *Cien años de soledad*, no ha escuchado de otro modo discursos políticos después de leer la antiutopía *1984*, no ha visto el mar de otro modo después de leer a *Moby Dick*, no ha observado de otro modo cualquier catedral gótica después de leer *Nuestra Señora de París* (o visto una de sus versiones filmicas)?

Cinco clásicos centenarios

De modo semejante que el año anterior⁴, para esta Feria Internacional de la Lectura Yucatán 2019, escogimos cinco obras centenarias, que abordan temas bien diferentes, pertenecen a campos del conocimiento y de la estética distintos, y fueron elaboradas en lugares y culturas distantes unos de los otros. En lo que sigue, se ofrecen las versiones reelaboradas y ampliadas de las presentaciones orales en la mesa panel correspondiente.

Iniciamos con *El otoño de la Edad Media*, una introducción verdaderamente magistral del historiador neerlandés Johan Huizinga a la cultura centroeu-

ropea de los últimos siglos medievales y que también hace entender mejor algunas características de las reformas protestantes y de los inicios del Renacimiento en el siglo XVI. El sociólogo alemán Max Weber, uno de los clásicos transdisciplinarios de la etapa inicial de las ciencias sociales, es no solamente el autor de la conocida obra *Economía y sociedad*, sino también de *La política como profesión*, que refleja la situación política de la primera posguerra europea e igualmente abre vías para analizar los fenómenos del poder y de la cultura política hoy día en México. Un libro no muy conocido de un autor muy conocido es *Introducción a la filosofía matemática* del filósofo, escritor y activista inglés Bertrand Russell, quien escribió esta obra durante una estancia en la cárcel con la que pagó sus posiciones pacifistas. Sigue una presentación de la novela *Eugenia*, del yucateco Eduardo Urzaiz Rodríguez, que ha sido llamada la primera novela de ciencia ficción mexicana, y que aquí se interpreta como texto claramente utópico. Cierra la lista una presentación del

⁴ Bajo el título "Cinco obras clásicas de 1918: contextos, contenidos y actualidad" se presentaron el 10 de marzo de 2018 en la FILEY 2018, obras centenarias de Oswald Spengler (*El ocaso de Occidente*), Ernst Bloch (*El espíritu de la utopía*), Ludwig Wittgenstein (*Tractatus lógico-philosophicus*) y James Frazer (*El folklore en el Antiguo Testamento: estudios comparativos de religión*) más la discusión de Kautsky, Lenin y Gramsci sobre la teoría de la revolución. Versiones reelaboradas de las ponencias fueron publicadas en el número 282 (vol. 33, enero-julio de 2018) de la *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*.



primer poemario del poeta y escritor peruano César Vallejo, *Los heraldos negros*.

Lo que une estas cinco obras no es más que una casualidad externa: todas se publicaron por primera vez en el año 1919, y en una mesa panel no hay tiempo para más que para cinco reseñas-comentarios. También por ello, su presentación y comentario no es solamente una invitación para leerlas y para leer sobre ellas y a partir de ellas, sino, de modo más general, también una invitación a leer y volver a leer libros que se han publicado cien o más años y que han sido considerados, una y otra vez, clásicos.

Por qué y para qué leer los clásicos

La lectura de los clásicos parece no requerir mayor justificación, su sola categorización como “clásicos” revela la importancia que tienen dentro de una disciplina o el canon literario. No obstante, en la actualidad los clásicos se enfrentan a un conjunto de obstáculos que ameritan argumentar a favor de su lectura.

La condición misma de “clásicos” puede inhibir su lectura. “Los clásicos son esos libros de los cuales se suele oír decir: ‘Estoy relejendo...’ Y nunca ‘Estoy leyendo...’”, escribió Italo Calvino, escritor que con toda justicia puede considerarse un clásico⁵. ¿No acaso una persona iniciada en las ciencias sociales ya debió haber leído *El capital*, *Las reglas del método sociológico* o *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*?

Más allá de la presunción de erudición, común en el ámbito académico y literario, también es verdad que los clásicos forman parte del paisaje literario al que nos hemos acostumbrado; son textos que, citando de nuevo a Calvino, se han escondido en los pliegues de la memoria, mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. Un científico social no tiene que haber leído *Economía y sociedad* o *La política como vocación* para conocer la definición weberiana del estado como monopolio legítimo de la violencia. Un verso como “Hay golpes en la vida tan fuertes” puede ser tan conocido que, en vez de suscitar la curiosidad por la lectura del poemario completo, desinhiba su lec-

⁵ Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, p. 7. Tusquets, México, 1992.

tura, pues genera la falsa impresión de que se conoce la obra.

Por otra parte, con toda seguridad, el “ruido de fondo”, que según Calvino distrae de la lectura de los clásicos, ha aumentado de volumen en años más recientes. En el ámbito académico, las actividades administrativas y de evaluación pueden consumir tanto tiempo como las labores propiamente dedicadas a la investigación, docencia y difusión de la cultura. El agitado productivismo de la academia no parece conceder tiempo para la lectura pausada y detenida de los clásicos, la cual no siempre se convierte con facilidad en “puntos”.

La vida fuera de la academia tampoco ofrece mayores concesiones a la lectura de los clásicos. Por el contrario, la omnipresencia de las pantallas –en prácticamente todos los ámbitos de nuestras vidas– provoca que la actualidad se imponga con mayor ímpetu. ¿Cómo equilibrar la lectura de los clásicos con la lectura de actualidad cuando esta se “actualiza” cada segundo con las incesantes notificaciones de nuestros dispositivos? Entre dispositivos y pantallas se impone la lectura de textos breves, efímeros, generalmente triviales, más ocurrentes que ingeniosos, pobremente argumentados y débilmente sustentados,

que invitan más a la polarización y al linchamiento que al debate público.

Lo anterior no es ajeno a las recientes señales de erosión de las democracias, del auge de autoritarismos, advertencias de fascismo y proliferación de discursos de odio. Y es aquí donde la lectura de los clásicos resulta necesaria e incluso urgente en la actualidad. Una lectura de los clásicos pausada, pensada y crítica, que evalúe argumentos, corrobore ejemplos, compare estudios y confronte conclusiones, como pensamos que invitan las cinco obras comentadas a continuación, puede estimular la crítica y la empatía alrededor de profundos problemas sociales y humanos que han preocupado, conciernen y probablemente seguirán inquietando también en el futuro a nuestras sociedades.